

EL HOMBRE DE OCCIDENTE

AKUTAGAWA RYŪNOSUKE

Introducción, selección, notas y traducción del japonés de
M. ANGÉLICA RODRIGUEZ MADARIAGA
El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

Es MUY SIGNIFICATIVO que la obra póstuma de Akutagawa Ryūnosuke, *El Hombre de Occidente*, escrita en 1927, se refiera al cristianismo, uno de los fenómenos más trascendentales en la historia de la humanidad y que, sin embargo, no llegó a tener una posición dominante en el Japón.

Es cierto que Akutagawa ya se había sentido fuertemente inclinado hacia el mundo occidental, específicamente el europeo. Su sensibilidad exacerbada iba en busca de los escritores del *fin-de-siècle*; más bien dicho, su sensibilidad lo empujaba a otras sensibilidades afines, igualmente agudas y escépticas: Wilde, Nietzsche, Anatole France, Goethe, Lotti, Strindberg. Por eso vemos en sus obras expresarse de manera tan auténtica las ideas asimiladas de sus estudios de la literatura inglesa y de sus inagotables lecturas. Pero, al mismo tiempo, vemos que permanece indiscutiblemente japonés. Ésa es la razón por la que su Cristo, por ejemplo, no puede dejar de evocarnos imágenes plenas de japoneidad. Se diría que su inclinación por lo exótico, hacia donde fue llevado por Kitahara Hakushū y Kinoshita Mokutarō, los poetas de la forma libre, lo condujo a un reencuentro con la tradición japonesa.

Sin embargo, siempre quedan flotando algunos interrogantes: ¿Por qué, en el momento de quitarse la vida, vuelve los ojos hacia el Cristo occidental? ¿Hasta qué punto es

occidental ese Cristo, y hasta qué punto, Akutagawa, el Cristo japonés, no se siente identificado con él?

Ya en sus obras *Kappa* y *Los engranajes*, escritas también en 1927, poco antes de suicidarse, se puede apreciar la creciente incapacidad de Akutagawa para enfrentar las cambiantes condiciones de su época, condiciones que presagian la muerte de la literatura que él representaba y que lo llevan a una angustiada incertidumbre por el porvenir. Su arte, es decir, su vida —puesto que el arte era la única forma de existencia posible para él— está en crisis. Y en su obra pone de manifiesto esta crisis y su preocupación por los valores, por la libertad, por el suicidio. *Kappa*, por ejemplo, además de ser una aguda crítica a la humanidad, parece ser una revisión retrospectiva de su propia vida. De este modo expresa, entre otros, sus temores de haber heredado la locura de su madre y de que su capacidad creadora se hubiese agotado.

La sociedad japonesa está en quiebra. Nada de lo que hasta ahora había sostenido Akutagawa puede seguir sosteniéndose. Pero, al parecer, tampoco las sociedades occidentales pueden abrirle nuevos caminos. Se trata, pues, de una condena a la especie humana misma y no a una sociedad determinada. No hay salida posible. Es decir, sí. Hay una. La única. La salida definitiva. La que seguirá el autor: la autodestrucción.

Por eso llama la atención que después dirija su mirada al cristianismo, puesto que también la religión había sido tratada satíricamente en su novela *Kappa*. Allí postula como la principal religión la del modernismo o "viverismo" entre cuyos santos, objeto de adoración, se encuentran Strindberg, Nietzsche, Tolstoi, Doppo, Wagner.

Es muy posible que Akutagawa haya identificado a Cristo con estos "santos" y, de hecho, en *El hombre de Occidente* los llama "Cristos".

Ahora bien, qué tienen de común estos Cristos?

En primer lugar, son rebeldes. Románticamente rebeldes y, por lo mismo, testigos, o mejor, testimonios vivos e implacables de su época, lo cual nos conduce a la segunda característica en común: su periodismo. Para Akutagawa, to-

dos ellos son los cronistas por excelencia. El mayor valor de Cristo reside, precisamente, en su extraordinario periodismo.*

No obstante, los Cristos no son comprendidos. Todos, sin excepción, son sacrificados miserablemente. Eso, pese a su genio —o quizás, por ello mismo— su gran genio, que les permite dejar siempre algo bello e imperecedero. Y todo esto es común tanto a los Cristos occidentales como orientales.

Akutagawa admiró y amó a Cristo quizás porque él mismo se sentía un Cristo. Y también, quizás, porque en Cristo sentía satisfacerse su anhelo de infinito.

De todos modos, no pudo dejar de sentirse identificado con aquel ser que, como él, no tenía “un lugar donde reposar su cabeza”, y en el cual sentía esa misma angustia mundana que lo atormentaba.

Así, como Jesucristo, Akutagawa, a pesar de su suicidio, fue crucificado por las condiciones de su época, por el medio ambiente, por la herencia.

EL HOMBRE DE OCCIDENTE

PARTE I

I. *Ved a este hombre*

Hace solamente unos diez años que empecé a amar el cristianismo —especialmente el catolicismo— desde el punto de vista artístico. Aún permanece fresco en mi memoria el recuerdo del “Templo Japonés de la Virgen María” en Nagasaki. Entonces yo no pasaba de ser como un cuervo que recogía ávidamente las semillas sembradas ya por Hakushū Kitahara y Mokutarō Kinoshita.¹ Y hace unos años también

* Periodismo en el sentido de propagación de ideas. Y Cristo logró propagar de tal modo su mensaje que éste lo trascendió en sus palabras portadoras de belleza.

¹ Poetas japoneses de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX que se caracterizaron por un estilo libre, simbólico, pleno de palabras exóticas, derivadas especialmente del portugués y el holandés. Representaban un movimiento de liberación caracterizado por un pensamiento decadente y sensual.

sentí cierto interés por aquellos creyentes que se inmolaban en aras del cristianismo. La mentalidad de los mártires, al igual que la mentalidad de todos los fanáticos, despertaba en mí un interés morboso. Fue justamente en ese tiempo cuando empecé a amar a ese hombre llamado Cristo que nos llegó a través de los cuatro evangelistas. Hoy no lo puedo considerar como un extraño. Esto a los europeos por supuesto les causará risa y quizás también a los jóvenes de hoy. Sin embargo yo, que nací a fines del siglo XIX, no sólo ahora empiezo a poner los ojos en la cruz que ellos están ya hartos de ver —o más bien que no vacilan en derribar. “Mi Cristo”, nacido en Japón, no está, necesariamente, contemplando el Mar de Galilea. Está mirando la bahía de Nagasaki bajo un kaki cargado de rojos frutos. Por eso no volveré mi vista a la realidad histórica ni geográfica. (Esto no significa que quiera eludir problemas al menos de índole periodística. Si deseara asumir una actitud sería bastarían, para lograrlo, cinco o seis volúmenes de biografías de Cristo). Además no tengo tiempo suficiente para referirme fielmente a cada palabra o hecho de Cristo. Simplemente hablaré de “mi Cristo”, como yo lo siento. Estoy seguro que hasta los severos cristianos japoneses verán con tolerancia a este Cristo que describo yo, que vivo de mi pluma.

XVIII. *El Cristianismo*

El Cristianismo es una religión poética impregnada de paradojas que ni el mismo Cristo pudo cumplir. A causa de su genio Cristo hizo escarnio hasta de su propia vida, abandonándola completamente. Es muy natural, entonces, que Wilde descubriera en él al primer romántico. Según sus enseñanzas “el atavío de Salomón en toda su gloria” no se puede comparar al de un lirio del campo mecido por el viento. Su camino sólo consistía en vivir poéticamente —sin atribularse por la mañana. ¿Y para qué? Seguramente para que los judíos pudieran entrar al Reino de los Cielos. Sin embargo ningún Reino de los Cielos puede permanecer inmu-

tabie. Ese Reino de Dios, cristiano, con fragancia de rosas, repentinamente desapareció desintegrándose en el espacio. Pero nosotros hemos creado, en su lugar, otros reinos de Dios. Cristo fue el primero que despertó en nosotros la aspiración al Reino de los Cielos. Y, además, sus paradojas dieron origen, posteriormente, a innumerables teólogos y místicos. Sus discusiones y argumentos no podrían menos que haber dejado estupefacto a Cristo. No obstante, algunos de ellos han probado ser más cristianos que el propio Cristo. De todos modos, Él nos señaló lo que hay más allá de esta vida. Siempre encontraremos en Cristo lo que buscamos: la voz de la trompeta conduciéndonos por el sendero de lo infinito. Y, al mismo tiempo, siempre sentiremos en Cristo algo que no deja de atormentarnos: la angustia mundana que acaba de manifestarse en los tiempos modernos.

XXXVII. *El hombre de Oriente*

Nietzsche llamó "higiene" a la religión. No lo es sólo la religión. También lo son la moral y la economía. Ellas quizás nos ayudarán naturalmente a mantener la salud hasta la muerte. "Los hombres de Oriente" trataron en general de establecer esta "higiene" sobre la base del Nirvana. Lao Tsé suele intercambiar saludos con Buda en el reino de Mukayū.² Sin embargo, no podemos hacer una división entre Occidente y Oriente tan claramente como lo hacemos con el color de la piel. Por eso es que la vida de Cristo, o de los Cristos, nos conmueve. El poema: "Desde los tiempos antiguos los héroes guerreros regresan todos a las sinuosas montañas", ha venido transmitiéndose siempre a nosotros. Pero el anuncio de que "el Reino de los Cielos se ha acercado" no deja de alentarnos. En ese momento Lao Tsé dialoga con el joven Confucio —o con el Cristo de China. De un modo u otro, la vida salvaje siempre atormentará a los Cristos. Y los "hom-

² Término taoísta, atribuido a Chuang Tzu, que alude a un lugar utópico en el cual no existe nada creado por el hombre, sino que todo es natural.

bres de Oriente", que ansiaron ser como las plantas en perfecta paz, no son una excepción. Cristo dijo "los zorros tienen sus madrigueras, los pájaros del cielo, sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene un lugar donde poner su cabeza". Sus palabras encierran una realidad terrible de la cual, tal vez, ni Él mismo se percató. A nosotros no nos es fácil encontrar un refugio a menos que nos volvamos aves o zorros.

EL HOMBRE DE OCCIDENTE

PARTE II

XV. *La lamentación de Cristo*

Después de haber narrado su parábola Cristo dijo: "¿Por qué no me comprendéis?" Lamentación ésta que se repite frecuentemente. Estas palabras parecerán ridículas en una persona que conocía profundamente a los hombres y que llevaba una vida tan bohemia. Pero Él, muchas veces, no podía dejar de gritar así, histéricamente. Después de matarlo los idiotas construyeron grandes templos en todo el mundo. Sin embargo, nosotros todavía sentimos en esos templos su lamentación: "¿Por qué no me comprendéis?" No es sólo el lamento de Cristo. Es también el lamento de todos los Cristos que, en épocas posteriores, han muerto miserablemente.

XXII. *Los pobres*

El periodismo de Cristo se convirtió en el consuelo de los pobres y de los esclavos. Eso, por supuesto, les resultaba ventajoso a los ricos y a los nobles que no tenían la menor preocupación por alcanzar el Reino de los Cielos. Pero su genio no podía dejar de afectarlos. Y no solamente a ellos. También nosotros, en su periodismo, descubrimos alguna belleza. Bien sabemos que hay puertas que no se abren por más

que las golpeemos. El entrar por una puerta angosta también nos enseña que no siempre somos felices. Sin embargo, su periodismo siempre conserva el dulzor de los higos. Él fue el más extraordinario cronista de todos los tiempos que produjo el pueblo de Israel. Al mismo tiempo, fue el más extraordinario genio de todas las épocas, producto de nosotros, los humanos. A partir de Él los "profetas" no prosperaron. Pero su vida nunca dejará de conmovernos. Para ser crucificado —para mantener la causa del periodismo por sobre todas las cosas— lo sacrificó todo. Goethe, indirectamente, muestra su desprecio por Cristo. Del mismo modo como los Cristos de generaciones posteriores sienten envidia de Goethe. Nosotros, igual que los peregrinos de Emaús, no podemos dejar de buscar a Cristo, que inflama nuestros corazones.